

# Entrevista al Doctor Javier Mariátegui<sup>1</sup>

ARTIDORO CÁCERES-LE BRETON<sup>2</sup>

El viernes 15 de octubre de este año a las 5.30 p.m. tuvimos el honor de entrevistar a unos de los más notables psiquiatras del Perú, el Doctor Javier Mariátegui Chiappe.

AC. *Doctor Mariátegui, en nombre de nuestra revista permítame agradecerle el haber aceptado concedernos algunos minutos en su atareada agenda.*

JM. Encantado de poder colaborar.

AC. *¿Usted nació en Lima?*

JM. Sí, yo nací en Lima el 13 de septiembre de 1928, fui el último de los 4 hijos de José Carlos Mariátegui y Anna Chiappe, nací en la casa en donde probablemente fui concebido, puesto que en esa época la gente nacía en su domicilio. Había una clínica pero se suponía que era sólo para casos graves, y como el parto era un hecho natural, mi hermano José Carlos y yo nacimos en la casa del Jirón Washington Izquierda.

Yo he vivido en lo que ahora es la Casa Museo, la que dejamos cuando aún era niño, por la gran crisis económica, conocida como la recesión del 29 al 33. Nuestro país estaba abandonado, era un caos hasta que llegó Benavides, todo era un desastre, existían las juntas prodesocupados de las cuales la gente recibía "tickets". Esos fueron años duros. Sin embargo, mi madre, mujer de gran talento, se dio cuenta que todos debíamos trabajar, por lo que nos mudamos a Barranco, donde abrimos nuestra primera librería. Tres años después continuamos con una segunda librería en Miraflores. Fue gracias a nuestro trabajo en ellas que pudimos educarnos; mi

hermano Sandro regresó al Colegio Anglo-Peruano, por entonces el más caro de Lima, debido a que mi padre deseaba una educación laica para nosotros. Tres hermanos nos quedamos estudiando en Barranco por razones económicas, yo hice los diez años formales, cinco de primaria y cinco de media, en el Colegio San Luis de los Hermanos Maristas de Barranco. En esa época los hermanos maristas eran en su mayoría españoles; habían tres o cuatro franceses, un par de italianos y ningún peruano.

AC. *¿Cómo se llamaba la librería?*

JM. Librería "Minerva".

AC. *¿La famosa Librería "Minerva"? ¿Todavía es propiedad de su familia?*

JM. Sí. La "Minerva" era una empresa editora y al mismo tiempo una librería escolar. Se fundó el año 25 con mi tío Julio Cesar y a mí padre se le reconoció, luego de su muerte, una cantidad que permitió abrir la librería de Barranco. Él nos permitió que tuviéramos las tiendas de balnearios y que él las sucursales en Lima y Callao.

AC. *¿Entonces tuvo que trabajar durante su escolaridad?*

JM. Así es, yo trabajé siendo aún escolar. Salía de mi colegio y atendía a mis compañeros de estudio o a otros chicos. Tuve la suerte de ser educado en la escuela del trabajo gracias a mi madre. Éramos cuatro hijos varones en una Lima difícil. Ella nos asignó un sueldo a cada uno de nosotros, así tuve mi primer pago a los doce años, con el que pagué mi instrucción secundaria y mi formación universitaria. En ese tiempo sólo se pagaba en la Universidad Nacional de San Marcos S/. 200,00 de derecho de matrícula y S/. 200,00 de derecho a examen, y si uno tenía como promedio 13 ó más, podía exonerarse de ese pago, era pues una enseñanza casi gratuita.

---

1. Dr. Javier Mariátegui Chiappe

Paseo de la República 3691, oficina 1001. San Isidro. Lima, Perú

2. Miembro del Comité de Redacción de la Revista Psiquiátrica Peruana

AC. ¿Perdió a su padre siendo muy niño?, ¿tiene alguna imagen de él?

JM. Cuando murió mi padre, el año 30, tenía poco más de un año, era el menor de cuatro hermanos, el mayor tenía 9 años; de modo tal que las imágenes directas que tengo de mi padre no existen, sólo hay algunas formaciones fantasiosas. Sí logré estar muy cercano a la gente que fue amiga de mi padre, y reconstruí tanto la etapa de esplendor en la casa de Washington como sus etapas formativas en las dos primeras décadas de este siglo, la *belle époque* de Lima. De ahí, por ejemplo, mi amistad con Valega, quien me permitió dicha reconstrucción, por lo que he escrito un ensayo llamado "Valega y la Lima de su tiempo". Era interesante retroceder en el tiempo. Era una Lima muy rica en calidad intelectual, en la que los médicos más importantes tenían un nivel cultural muy elevado.

AC. ¿Cómo nace su vocación por la medicina?

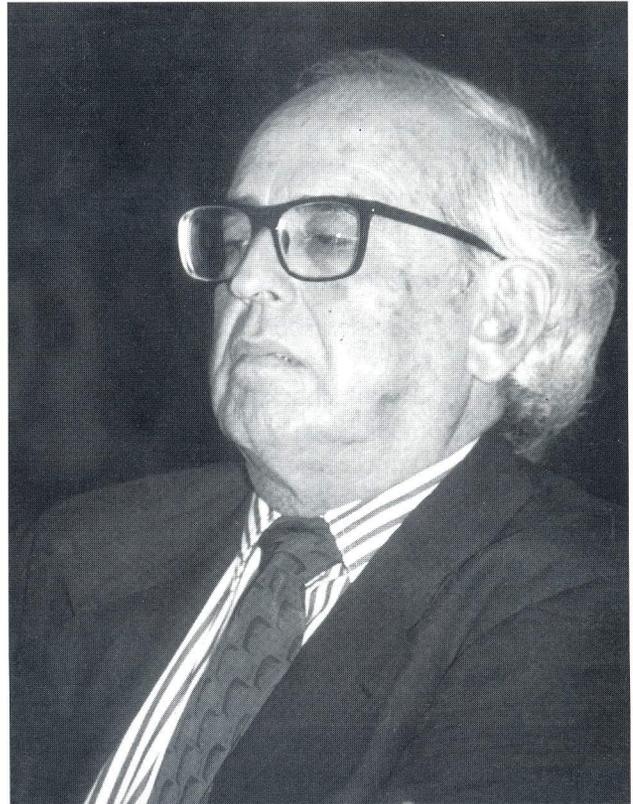
JM. Bueno, cuando estudiaba en los Maristas tenía un interés muy difuso, me gustaba mucho la literatura y de hecho era un lector infatigable, pero necesitaba buscar una profesión con alcances prácticos, entonces me interesé en la antropología, pero en ese entonces ésta no tenía futuro en nuestro medio, por lo que sólo tenía dos opciones: la antropología humana o medicina y la antropología filosófica o filosofía. Opté por la medicina humana.

AC. ¿Y su orientación hacia la Psiquiatría?

JM. Ella fue muy temprana, muy precoz; cuando estaba en segundo año de premédicas hice el primer año de letras, especialidad de filosofía, anticipándome a la posibilidad que la carrera médica fuera muy dura, así, si la experiencia psicotraumática por la exposición ante la muerte o la enfermedad me llegara a afectar podría optar por otra profesión. Estudié toda la carrera de medicina con mucho cuidado, pero puse énfasis en mis lecturas de psiquiatría porque tuve la suerte de que el profesor Enrique Encinas me acogiera en su Laboratorio de Anatomía Patológica del Víctor Larco Herrera, ahí estudiaba los sábados y domingos. El Larco Herrera de ese entonces era un jardín extraordinario, inmenso, había una tranquilidad pasmosa, diferente a lo que la gente podía creer. Afuera estaban uno que otro paciente por lo que pude estudiar tranquilo no sólo la psiquiatría, sino todo lo relacionado con la medicina,

AC. ¿Fue usted miembro activo del Centro de Estudiantes de Medicina?

JM. Me inicié como delegado estudiantil en Ciencias, fui delegado en el segundo año; eso sí, nunca he tenido participación política activa, en eso me he cuidado mucho, porque me acuerdo que mi madre, una gran edu-



Dr. Javier Mariátegui Chiappe

cadora, tenía ciertas expresiones aforísticas que nos servían como guía. Por ejemplo, ella decía que a nosotros, como hijos de José Carlos Mariátegui, sólo nos quedaban dos caminos: abstenernos de la política o hacer política. Pero, de hacer política, debíamos seguir la línea de José Carlos Mariátegui.

En mi época de estudiante el APRA tenía una fuerza muy grande y yo pertenecía al Frente de Delegados Independientes, hasta que vino el golpe militar de Odría y las puertas de la universidad fueron abiertas por un tanque. Pasé a medicina y en el primer año la vida fue muy dura. La persecución política más brutal que conozco en mi vida es la época de Odría, yo he visto detener a compañeros míos por mero rumores, por lo que había que cuidarse muchísimo. Nosotros tenemos un compañero de 84 años que era miembro de la policía de investigaciones, puesto para controlar a los políticos dentro de la universidad. Había infiltración policial en todas las facultades, entonces era muy dura la vida de los políticos. El primer año de medicina prácticamente no tuve actividad representativa, pero del segundo al sexto año fui delegado estudiantil.



AC. ¿En que año se doctoró?

JM. Terminé el internado en marzo de 1956 pero mi promoción es 1955 y tiene como epónimo a Oswaldo Herculles García, un progresista decano de la Facultad de Medicina. Años después me doctoré por la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

AC. ¿Conserva amistades de su época de estudiante?

JM. Muchas y muy grandes, sobre todo por el hecho de haber sido delegado, les conseguía facilidades –lo que más les interesaba a los muchachos– como varias fechas para exámenes, comodidades para el desarrollo estudiantil, otros escenarios para la enseñanza, todo esto acordado con los profesores. Recuerdo que cuando hacíamos neurología pedimos al Dr. Voto Bernalles que queríamos un poco más de animación en las clases magistrales, entonces conseguimos películas, recuerdo una sobre la Enfermedad de Parkinson, y así algunas clases magistrales fueron ilustradas con películas que se trajeron para ese fin. Pero en ese tiempo los profesores también eran muy estrictos. Neurología era un curso muy temido, fue el único para el cual tuve que prepararme en las vacaciones antes de hacerlo, para esto me fui a trabajar con el Dr. Víctor Paredes al Hospital Santo Toribio de Mogrovejo durante todo ese verano y con el Dr. Encinas para hacer la revisión de neuroanatomía. Todo esto con la finalidad de poder hacer bien el curso con el Dr. Trelles quién era muy exigente, tanto en las prácticas como en los exámenes. Además todos sabíamos que en ese curso desaprobaban un tercio del alumnado, llegando a veces a la mitad, por lo que éramos muy cuidadosos. Los desaprobados hacían el famoso "curso de verano", que era muy útil porque eran tres meses de neurología pura; hay tres neurólogos eminentes del país gracias al mismo. Algo similar sucedió en psiquiatría, en el pabellón 20 del Hospital Larco Herrera, algunos alumnos desaprobados, que hicieron el curso de verano, luego se graduaron de psiquiatras.

AC. ¿Dónde fue su primer trabajo cómo médico?

JM. Era una época curiosa, en el país no había plazas para médicos. En el Larco Herrera no existía la menor posibilidad de quedarse teniendo un puesto rentable, por tanto, apenas me gradué, ingresé a este hospital como "asistente libre", es decir, tenía un nombramiento en el que no se reconocía ningún derecho, pero sí podía firmar las recetas y atender pacientes. Mi primer trabajo formal fue un año después, en 1957, en la División de Salud Mental, en la cual formamos el grupo de psiquiatría social para investigar en barriadas.

AC. Estas limitaciones económicas y este amor a la profesión podrían afectar la vida amorosa de muchos ¿Usted se mantuvo soltero mucho tiempo?

JM. Claro, y por varias razones. En primer lugar porque estaba metido, diría hasta enamorado, de este mundo profesional, formándome biológicamente al lado de Enrique Encinas, socialmente al lado de Humberto Rotondo y humanística y filosóficamente al lado de Honorio Delgado. Tenía muchas cosas que hacer, que estudiar y que leer, tuve también que dedicarme durante mucho tiempo a otras cosas formativas. Es curioso, no creía tener experiencia administrativa y que no servía para las cosas administrativas pero mi experiencia ingenua me había preparado para ellas sin que yo me diera cuenta. Esa capacitación me permitió ayudar al Dr. Alfredo Saavedra en la organización del pabellón 20 el año 57. Del 57 al 62 estuve en el pabellón, no crea que con sueldo, fui médico *ad honorem*. De ahí pasé recién a un trabajo rentado, que fue la dirección de la Clínica Psiquiátrica de Día y luego la plaza de Jefe de Clínica de San Fernando, estos fueron mis primeros ingresos en medicina.

En realidad todo estaba hecho como para irse del país, y fíjese que curioso, yo he viajado muchas veces a diversos lugares, pero yo no me fui e hice mi formación fundamentalmente aquí. Como terminé el Internado en primer puesto obtuve la Contenta Médica, era el único del que todo el mundo sabía que se iría del país por un año, pude haber escogido un hogar formativo en cualquier lugar del mundo pero sólo me daban lo suficiente para subsistir. Por ejemplo, en Estados Unidos en el Johns Hopkins pagaban 25 dólares mensuales a los residentes, ¿para que?, para que sólo fueran aquellos que tuvieran una beca adicional, lo mismo ocurría en las principales universidades del mundo.

AC. ¿Usted decidió quedarse?

JM. Decidí quedarme, en esa época tenía otras cosas que realizar, estaba editando las Obras Completas de mi padre y trabajaba con el Dr. Delgado en la Revista de Neuropsiquiatría. Fue él quién me dijo "no se vaya a Estados Unidos, Europa manda", esa es la expresión que utilizó, "Europa manda, busque usted un lugar en Europa: Francia, Alemania, Inglaterra o Italia".

Lo más fácil, en esa época, era irse a España, el Instituto de Cultura Hispánica brindaba muchas posibilidades para viajar, un buen número de peruanos se fue a formar a Madrid, sobre todo junto a López Ibor. Además, Honorio Delgado me dijo: "No se vaya en forma precoz, no haga afuera lo que puede hacer aquí", y tuvo razón. Ahora yo

creo que los dos primeros años de experiencia psiquiátrica en el hospital, no la hubiese logrado en ningún otro país; había que estar con los pacientes de su lengua, con su idiosincrasia, con la mentalidad que usted conoce. "Si logra una sólida formación psicopatológica, las cosas finas de la especialización se pueden hacer afuera". Por esta razón perdí mi Contenta. Además vino la crisis del 61 en San Marcos, siendo Jefe instructor participé con los maestros en la formación de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, perdiendo mi conexión con San Fernando que me había proporcionado la Contenta. Pero no me arrepiento, tuve una vida muy densa de trabajo, y aprendí muchísimo. Además, sabe una cosa, pude lograr algo que para mí es más importante: de haber viajado afuera, por mi vocación de "scholar", quizá no hubiera regresado al Perú.

AC. ¿Cómo fue su paso por el Instituto de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi? ¿Fue el primer director?

JM. Si claro, fui encargado del proyecto en el año 80, al comienzo fue una cosa pequeña que se llamaba Centro de Salud Mental Comunitaria San Juan Bosco. Esta es una idea que la había perseguido la Sra. Rosita Pedraglio, esposa del presidente Morales Bermúdez. Ella hizo durante años todos sus esfuerzos para establecer un centro de atención psiquiátrica en el norte de la gran Lima, y lo que era un proyecto menor, gracias al apoyo del Ministro de Salud Uriel García se transformó en Instituto. Iba a ser más grande de lo que actualmente es, toda una manzana dedicada a las neurociencias, con Universidad y Hospital General colindantes. De todas maneras fue una inversión importante y la única manera de dar el gran salto en esa época, puesto que no existía ningún Instituto similar en América Latina. El Instituto Mexicano, como usted sabe, es el Centro de formación Psiquiátrica más importante en América Latina, pero fue de fundación posterior y claro, hizo México lo que nosotros pensábamos hacer aquí; teniendo como tienen los mexicanos mayores recursos y con escuelas formativas muy desarrolladas su avance fue rápido, pero además tuvieron el acierto de acoger a la "España Peregrina", a los españoles republicanos, con su industria editorial y sus grandes maestros. Entonces eso hizo que importantes psiquiatras, neurocirujanos, neurólogos y patólogos de todo el mundo llegaran a México logrando crear un discipulado.

AC. ¿Cree usted que el Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi ha logrado generar un discipulado al igual que en México?

JM. Fijese, el Instituto es lo que yo podría llamar un proyecto truncado y parcialmente funcionante, porque si hay algo que se hizo programado en este país fue el Instituto. No fue una cosa hecha al azar, cada momento evolutivo fue muy pensado. Hubo durante cinco años un programa de 16 expertos japoneses que vinieron a analizar las áreas en las que necesitábamos apoyo. Nosotros becamos a igual número de psiquiatras jóvenes para que hicieran estudios de un año, o a lo menos de tres meses, en el Japón, de modo que era todo un proyecto encaminado a tener una psiquiatría de alto nivel académico y científico destinada al estudio de la realidad peruana. Por eso se hizo en el cono norte, ese gran centro de expansión urbana de Lima, rodeada de pueblos jóvenes. Nosotros teníamos siete centros comunitarios del Instituto en los diversos pueblos jóvenes porque la idea era esa, tener un instituto de referencia para la patología psiquiátrica mayor.

La patología no manejable comunitariamente fue programada para su detección y atención con mucho cuidado en planes anuales o bianuales que están expuestos en mi libro "Salud Mental y Realidad Nacional" y de todo eso se cumplió la mayor parte como lo podía comprobar la inspectoría japonesa que cada año venía a evaluar los avances de nuestro proyecto. Cuando ellos llegaban era una semana de trabajo intenso en todos los departamentos, tanto visitando y viendo los trabajos realizados, como evaluando las estadísticas.

Los japoneses siempre enviaron gente de primer nivel, le dieron tanta importancia al convenio peruano-japonés que fue suscrito entre Cancillerías, o sea un convenio sujeto al derecho internacional. A nombre del Japón, era el Emperador japonés quien asumía el convenio a través de sus programas de cooperación técnica. El primer jefe de la misión fue Maasaki Kato, que fue uno de los presidentes del Comité de Clasificación de la Organización Mundial de la Salud y coautor de ella. El Dr. Kato era en ese momento el director del Instituto Psiquiátrico de Tokio. También estuvo aquí el profesor Takeo Doi, del mismo rango.

Cuando terminó el convenio, fuimos al Japón y logramos que se extendiera por dos años más. Un convenio que debió haber terminado el 85 se extendió hasta octubre del 87. En mayo de ese año, que era el término cronológico, vino una Comisión Evaluadora Final del Japón e inició un periodo muy largo de trabajo, estuvieron un mes evaluando hasta cómo estaba construido el edificio, cuánto trabajaban y producían los doctores y cómo se utilizaban los equipos.



AC. ¿ En que año dejó el Instituto?

JM. En octubre del 87.

AC. ¿ Y eso obedeció a causas personales o políticas?

JM. A decir exactamente, a causas políticas, porque no fui destituido del Instituto, porque era un cargo técnico, no de confianza. La verdad con los cambios que se dieron en el 85, la posición cambió completamente en lo que se refiere a altas autoridades en el Ministerio de Salud yo tenía un apoyo muy fuerte de la propia misión japonesa y del Dr. David Tejada de Rivero, el primer Ministro de Salud del nuevo gobierno. El convenio terminó en Mayo del 87 y yo me quedé en el Instituto hasta Octubre, sobreviví más de dos años y cuatro o cinco meses al cambio de régimen político.

AC. ¿ Quién lo sucedió?

JM. Bueno, como le digo, a mí no me destituyeron, sino simplemente transformaron mi cargo, la Dra. Hilda Urizar, al poco tiempo de ingresar, sin siquiera haber visitado alguna vez el Instituto, cambió el cargo de técnico al de confianza, por lo que puse mi renuncia a su disposición y preferí alejarme a pesar de haber tenido un respaldo tanto del total de los médicos, con una única excepción, como del resto del personal. Sin embargo lo que a mí más me apena, es que detuvieron el proyecto, que estaba caminando y que tenía para llegar al año 2000, con toda facilidad, de acuerdo a un conjunto de metas. Cuando dejé el Instituto, quedó el cronograma de las tareas que había por hacer y lo único que faltaba eran las formalidades.

Lo lindo del Instituto era su espíritu de superación, de estudiar mucho. Teníamos, semanalmente, reuniones bibliográficas, revisiones clínicas y conferencias. La gente que iba al Instituto a trabajar sabía que tenía la opción de seguir aprendiendo a pesar del sueldo insuficiente. Lima volvió a formar parte del circuito de los psiquiatras notables que recorrían América Latina.

Así se puso fin a nuestro proyecto, vinieron las dificultades económicas de fin de gobierno y fue dejado al garete. El Instituto fue puesto en el mismo nivel de los hospitales psiquiátricos, cuando nuestros planes eran la nivelación hacia arriba y no hacia abajo. Nuestro objetivo era elevar el nivel de los hospitales psiquiátricos, los cuales no reunían ni siquiera la calificación para tales; sin embargo, lo que se hizo fue bajar el Instituto al nivel de estos.

AC. ¿ En sus años de docente podría considerar que formó discípulos que sigan su línea de trabajo?

JM. Vengo de una línea formativa muy especial, inspirada en Honorio Delgado, ésto es, en la búsqueda de la excelencia. El maestro fue un autodidacta y se hizo psiquiatra de acuerdo a exigencias personales y filosóficas muy espe-

ciales, y sólo una personalidad excepcional como él pudo lograrla. Se cree que Delgado fue un hombre con formación germánica. Dominaba los idiomas europeos y tenía una gran simpatía por la psiquiatría germánica, pero él nunca estuvo en Alemania más de cuatro a cinco meses y que correspondió a su primer viaje. El fue a un Congreso de Psicoanálisis y habiendo obtenido la Contenta en el año 18, cuando terminó los estudios médicos y no haberse concretado, logró entonces que lo enviaran como delegado a dichas conferencias. Entonces pudo quedarse en Europa algunos meses visitando los principales centros de investigación. Así, Delgado no es un hombre que tuviere una formación sistemática al lado de los maestros europeos que entonces existían.

AC. ¿ Su formación personal está vinculada a Honorio Delgado?

JM. Tuve la fortuna de formarme cercano a él, digamos a su estilo. Él creía en la autoformación, el psiquiatra tenía que tener vocación genuina, horizonte cultural y un conjunto de lecturas y experiencias prácticas: un proceso personal.

AC. Cambiando el giro de nuestra entrevista, si me permite, ¿ a qué edad se casó?

JM. Me casé a los 42 años, cuando para todo el mundo tenía el aumentativo de solterón. Estaba comprometido en lo mío, que era mucho y muy variado, teatro, cine crítico, grupos culturales y mujeres diferenciadas que eran bohemias como nosotros. El matrimonio no fue prioridad estricta.

AC. ¿ Tiene un gran amigo que lo haya acompañado en su vida?

JM. Desgraciadamente mis dos mejores amigos fallecieron jóvenes, como los elegidos por los dioses. Uno lo fue desde mi época de estudiante en el colegio, incluso ingresó a premédicas conmigo, pero no pudo seguir adelante porque desarrolló una tuberculosis pulmonar. Murió a los 25 años, fue un tipo excelente, extraordinario, de gran simpatía y bondad. Después, en el curso de la vida, hice muy buenos amigos, gente excepcional, cultivadora del género oral. Lo usual es que mis amigos fueran mayores que yo; por años frecuenté la tertulia de José Sabogal, Hugo Pesce, Juan Francisco Valega. Mire, gente que tenía décadas de distancia. Fui amigo de Jorge Basadre, para mí una gran figura moral; conocí y no traté desgraciadamente mucho a Raúl Porras Barrenechea, como me hubiese gustado. Fue una época de oro en el Perú, fui amigo y compañero de trabajo de José María Arguedas, quién trabajó como Asesor del Proyecto de Psiquiatría Social algunos meses *ad honórem*, ahí lo conocí y comenzó mi amistad con él.

AC. ¿En que año se desarrolló esa amistad?

JM. En el año 57.

AC. ¿Luego, usted fue su terapeuta?

JM. No, ésta es una buena ocasión para aclarar las cosas. Conocí a José María todo ese tiempo como compañero, entonces enseñe el curso de Psicofisiología a los alumnos de Letras que hacían la especialidad en Psicología y formamos parte del Consejo Universitario, el Consejo de la Facultad de Letras que era muy amplio en San Marcos. Así nos conocimos de manera más directa, teníamos algunos temas en común. Fui su médico durante sólo un año atendiéndolo en su tercera crisis depresiva, lo traté brevemente ese año y recuerdo respondía muy mal a los tratamientos farmacológicos, en él había que realizar principalmente psicoterapia. Viajó a España a realizar su tesis sobre las comunidades campesinas en Castilla, nos escribimos, me envió algunas postales, pero a partir de ese viaje inició contactos con otros doctores, sobre todo con alguien que lo persuadió de que las raíces de sus problemas eran traumas infantiles lo cual tenía que ser resuelto por el psicoanálisis.

AC. ¿Entonces, Arguedas viajó a Chile?

JM. Así es, en Chile consiguió que sus amigos lo alojaran debido a su precariedad económica y Lola Hoffman, psicoanalista lituana residente en ese país, lo atendió. Ella era algo excéntrica, jungiana, un caso especial, fue su analista por algunos años y las indicaciones farmacológicas, que de vez en cuando recibía, procedieron de un psiquiatra uruguayo.

AC. ¿Tiene usted hijos, alguno lleva su nombre?

JM. Tengo un hijo varón y se llama José Carlos como mi padre. Le puse ese nombre por una razón muy simple, mis hermanos ya tenían familia y ninguno de los sobrinos tenía que ver con la memoria de mi padre. Sé lo que es una carga de esa naturaleza, llevar el nombre de alguien como

mi padre es de una gran responsabilidad, pero alguien tenía que recibirla, entonces tuve que sacrificar a mi hijo, sin embargo lo lindo del asunto es que desde muy niño tuvo una inclinación espontánea y natural por todo lo que es el mariateguismo, las corrientes progresistas en el mundo social, la obra de su abuelo. Él fue prácticamente el organizador del Centenario de Mariátegui, dejó de estudiar un semestre en Cayetano Heredia para dedicarse a organizar el Simposium Internacional sobre José Carlos Mariátegui en el Museo de la Nación, y así se vinculó con los mariateguistas del exterior y conmigo. Fue a cuanta reunión académica le fue posible, estuvimos en Roma, Madrid, La Habana y en México.

AC. ¿Las relaciones con su hijo son muy buenas?

JM. Sí, muy buenas. Es mi mejor amigo.

AC. ¿Él estudia Biología?

JM. Sí, es joven, tiene 24 años, pero terminará pronto sus estudios. Está muy comprometido con el área de computrónica, inteligencia artificial, video arte, en las que tiene contribuciones muy serias. Es Director *ad honórem* de la Casa Museo y fue nombrado antes de los veinte años.

AC. ¿Qué realiza en su tiempo libre, si es que lo tiene?

JM. Mis grandes diversiones son leer y pasear, por eso me agrada Europa, cuyas ciudades permiten caminar, no como en Estados Unidos, usted puede pasear por muchos sitios pero no hay ni siquiera vereda en las calles. Aficiones deportivas nunca las tuve, fui basquetbolista en mi época escolar, pero ni siquiera del primer equipo representativo de la clase. Me interesó mucho el tenis, pero nunca logré practicar debido a carecer del tiempo necesario.